

Nicolás, los 20 años de Sociales, y tantas cosas más

(Compañero del alma, compañero)

por *Sergio Caletti**

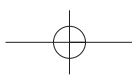
No puedo pensar el recorrido y la significación de estos veinte años que cumple Sociales sin asociarlo en cada episodio, en cada instancia institucional, en cada conflicto gremial o político, a la palabra y la mirada de Nicolás. Asociarlo a las complicidades sostenidas, a las coincidencias y diferencias, a las sensaciones y vivencias que se compartieron.

No es del caso aquí historiar estas complicidades ni las que les precedieron, a lo largo de los más de quince años transcurridos en otros ámbitos, otros roles, otras prácticas, antes de la fundación de la Facultad. Lo que interesa ahora, en estas líneas, es más restringido y menos intimista.

Por ejemplo: de Casullo no podría decirse que había estado esperando la fundación de Sociales (o de su prolegoménica Carrera de Comunicación de la calle Callao) para inscribirse presuroso en la academia. Nicolás era parte de otra cosa, y no me animo a decir ni grupo ni generación aunque tenga pizcas de ambos. Digamos mejor que él era parte de otra "experiencia argentina", aunque las palabras así puestas aparezcan teñidas un poco por la cursilería y otro poco por la pompa. Pero es que es eso. Me refiero a la experiencia de los muchos que por entonces se dieron a la vida intelectual por la política, y a la política por las pasiones de madrugada, esto es, la experiencia de quienes tardaron años en sumarse a las instituciones universitarias, o lo hicieron perezosamente y desconfiando de ellas ya desde antes del ongiato, cuando el movimiento estudiantil marchaba por Vietnam mientras el EGP se desangraba en Salta o la CGT ocupaba fábricas, y a Fanon (junto con Sartre) se lo discutía en los cafés de Corrientes.

Es que la fundación de Sociales vino a ocurrir, en este sentido, en un momento especial, un momento que la misma emergencia de la nueva Facultad a su vez promovió, contribuyó a constituir, y emblemizó. Fue la marca de una curva en ese camino que iba dejando atrás cierta bohemia político-intelectual para encarar, con lo bueno y con lo malo, las reglas de la institución, a saber y entre otras mil cosas, la formación de cátedras, la organización de eventos y la correlativa presentación de ponencias, después los ubacytes, categorizaciones, incentivos, puntuaciones varias y toda la parafernalia de aprendizajes contiguos, con sus también nuevas grandezas y miserias, tan distintas de las del café literario o las del grupo de estudios, o de la discusión militante. Sin ir más lejos: un cambio de época, diría Nicolás.

Pero, ¿cuál cambio? Cualquier representación de los tiempos precedentes debería dar cuenta de una sociedad cuyos horizontes, densos y convulsos, invitaban a la emergencia de la política por doquier, como si nada pudiera decirse de cada presente sin poner en discusión el entero futuro común




y el cuerpo en ello. En la representación de los tiempos que corren, en cambio, el triunfo general del orden (incluso con sus crisis estentóreas) presiona para reducir el lugar de la política a unos espacios circunscriptos dominados por la administración mientras la falsa emancipación del conocimiento de los avatares políticos reclama de los estudiantes la buena conducta y de los científicos la innovación productiva.

Lo que vale subrayar y reivindicar aquí, con la ayuda de Nicolás Casullo, es que, en alguna medida, la historia de Sociales trae consigo bordes insolentes. ¡Bienvenidos sean! La relativamente menor tradición académica de sus Carreras, o de algunas de ellas, las trayectorias indisciplinadas de algunos o muchos de sus todavía docentes e investigadores, la exposición de sus asuntos a las turbulencias teóricas de las décadas recientes, configuran un conjunto de hilos que permitieron otra biografía. Es, en todo caso, ahora, responsabilidad de quienes penosamente sobrevivimos a Nicolás, y de las camadas que continúen, prolongar esa insolencia.

Al evocar sus veinte años, vale la pena que se incorpore al mito este acento que corre con el serio riesgo de ser omitido. Sociales ofició de puente para la universitarización de muchos en el marco de una sociedad donde intelectuales y universidad no necesariamente estaban habituados a coincidir y superponerse; y la incorporación de esos muchos a Sociales dejó impreso en la institución un sesgo que hoy es parte de su identidad. La figura y la biografía de Nicolás Casullo son símbolo mayor de este doble viaje.

Incorporar este acento al relato bien podría ser el primer paso para abrir el tema a una reflexión tan previsible como necesaria y, a la vez, todavía débil. Porque si acaso dejáramos caer esta arista de las biografías explícitas o implícitas de la institución no sería mero fruto de un azar. Muy por el contrario. Todo nos lleva a pensar que lo oscuramente amenazante de las tendencias en curso es más bien la tentación a meter bajo la alfombra las pulsiones políticas primordiales y vestir cuanto preocupación asome con las togas de una ciencia pasteurizada de modo de, luego de adjudicarle un puntaje, dejarla lista para que atravesase los siete círculos de la evaluación. Total, más tarde vendrán las jornadas y los papers que se preguntarán por el compromiso de la Facultad con la transformación social. Quiero decir, y para moderar giros que tal vez puedan parecer tremendistas: ¿cuál es el aporte que a veinte años de su creación ha venido haciendo Sociales a la construcción y a la definición del intelectual crítico y de su capacidad de intervención en el escenario político-cultural del país? ¿Cuál es el que asume haber hecho? Tal vez, haya más de lo que parece y de lo que se reconoce, sería mi conjetura. Ninguno como Nicolás para hacerlo visible. Y ningún homenaje que se le rinda debiera soslayarlo.

Cuando nos sorprendió su muerte, algunos medios titubearon en los modos de catalogarlo. Hubo uno que lo doctoró en Filosofía. Claro, ¿qué otra clasificación podía corresponderle a quien, siguiendo esa saga que clásicamente hilvanó a Émile Zola con Jean Paul Sartre, había comenzado escribiendo una novela sesentiochesca y terminado promoviendo y coordinando un espacio público de debate político, quizá el de mayor repercusión en la Argentina de los últimos años? Ante semejante titulación, él habría esbozado una sonrisa socarrona y sugerido que, en rigor, su doctorado había sido en botánica. 

* *Profesor de Teorías y prácticas de la Comunicación III en la Carrera de Ciencias de la Comunicación.*